

La autoridad de la Escritura y su lugar en la vida cristiana

Afirmar que la Sagrada Escritura posee "autoridad" es plantear una pregunta que resuena en el corazón mismo de la fe. No se trata de una cuestión meramente académica, reservada para los pasillos de un seminario, sino de una verdad que define la naturaleza de la vida y la práctica cristiana cotidiana. Comprender de dónde emana esta autoridad, cuál es su propósito y cómo se experimenta en la intimidad del alma es, por tanto, fundamental para todo creyente que busca andar en fidelidad. Este ensayo es una invitación a reflexionar serenamente sobre la relación vital entre la Palabra, la fe y la vida, explorando por qué la Biblia es considerada autoritativa y cómo dicha autoridad se manifiesta en la experiencia del creyente. Su peso no reside en una imposición externa, sino en la naturaleza misma de lo que es: la Palabra viva de un Dios verdadero.

Antes de examinar *cómo* ejerce la Escritura su autoridad, es crucial entender *por qué* la posee. Su autoridad no es arbitraria ni una construcción eclesial posterior; se deriva directamente de su origen y naturaleza divinos. La teología cristiana distingue dos conceptos íntimamente relacionados: la revelación y la inspiración. La revelación es la acción soberana por la cual Dios se da a conocer y declara su propósito al hombre. La inspiración, por su parte, es el método por el cual esa verdad revelada es recibida, interpretada y registrada fielmente por los profetas y apóstoles. Es esta doble acción divina la que distingue a la Escritura de cualquier otro libro, elevándola a una categoría única como la comunicación fidedigna de Dios a la humanidad.

Esta Palabra, que procede de Dios, está intrínsecamente unida a la verdad. Jesucristo, en su oración al Padre, establece esta conexión de manera inequívoca: **"Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad" (Juan 17:17)**. La autoridad de la Escritura, por tanto, no es una cuestión de poder coercitivo, sino de veracidad absoluta. Someterse a ella es someterse a la realidad tal como Dios la define. Pero esta Palabra no es un compendio de verdades estáticas o inertes. Es dinámica y penetrante, como lo afirma el autor de Hebreos:

Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. — Hebreos 4:12

Según este texto, la autoridad de la Escritura se manifiesta en su capacidad de obrar en lo más profundo del ser humano. No se limita a informar la mente, sino que penetra,

juzga y discierne la vida interior con una precisión sobrenatural. Es una fuerza activa que confronta, ilumina y transforma desde dentro. Una Palabra que es a la vez verdadera y viva no puede ser un mero objeto de estudio; su misma naturaleza dicta su función. Una fuerza tan dinámica no puede ser un fin en sí misma; nos obliga a preguntar por su propósito. Si esta Palabra viva nos confronta, ¿hacia dónde busca guiarnos?

Su finalidad no es controlar o restringir al creyente, sino restaurarlo, formarlo y equiparlo para una vida que honre a su Creador. El apóstol Pablo resume magistralmente este propósito pastoral en su segunda carta a Timoteo:

Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra. — 2 Timoteo 3:16–17

Este pasaje revela las funciones formativas y correctivas de la autoridad bíblica. En su función **formativa**, la Escritura se encarga de "enseñar" e "instruir en justicia". Es aquí donde se forja la cosmovisión del creyente. Al enseñarnos sobre la naturaleza de un Dios infinito, eterno e inmutable, la Palabra establece el fundamento sobre el cual podemos comprender la verdadera gravedad de nuestra condición humana, marcada por "la ley del pecado que está en nuestros miembros". Esta sombría realidad, a su vez, magnifica la gloria del sublime plan de redención provisto en Cristo y define la naturaleza de las "buenas obras" para las cuales hemos sido creados. No se trata de una lista de doctrinas aisladas, sino de una verdad interconectada que da forma a toda nuestra percepción de la realidad.

En su función **correctiva**, la Palabra es útil para "redargüir" y "corregir". A lo largo de la historia, cuando herejías como el arrianismo o el gnosticismo amenazaban con desviar al pueblo de Dios negando la plena deidad o la verdadera humanidad de Cristo, fue la norma de la Escritura la que permitió a la Iglesia identificar el error y reafirmar la verdad. De la misma manera, en el plano personal, la Escritura actúa como un espejo que revela nuestras desviaciones en la conducta, confrontando nuestro pecado no para condenarnos, sino para llevarnos al arrepentimiento y la restauración. El resultado final de este proceso es eminentemente práctico: "a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra". La autoridad de la Escritura no tiene como fin último la acumulación de conocimiento, sino la madurez espiritual y la capacitación para un servicio fructífero.

Esta autoridad, sin embargo, no debe permanecer en el plano de la teoría. Se experimenta de una manera personal y transformadora en el diálogo constante que el creyente mantiene con Dios a través de su Palabra. La autoridad de la Escritura no se impone a la fuerza, sino que es reconocida por la fe que el Espíritu Santo suscita en el

corazón. La fe se apoya fundamentalmente en el "testimonio de Dios", un testimonio interior que capacita al alma para ver la verdad y la excelencia de las cosas del Espíritu, produciendo una convicción que trasciende la mera aceptación intelectual.

Es en este encuentro donde la Palabra, "viva y eficaz", ilumina la realidad interior del ser humano. Saca a la luz la lucha universal del creyente entre "la carne" y "el Espíritu", esa guerra interna que todo hijo de Dios experimenta. Nos muestra, a menudo con dolorosa claridad, nuestra propia debilidad y la corrupción remanente de nuestra vieja naturaleza. Sin embargo, esta iluminación no es un mero diagnóstico que deja al alma en la desesperación; es, en sí misma, el inicio del remedio. Al crear la conciencia de nuestra necesidad, la obra del Espíritu a través de la Palabra nos prepara para recibir la gracia que esa misma Palabra ofrece, guiándonos hacia la única fuente de liberación: el poder del "Espíritu de vida en Cristo Jesús".

Este proceso, lejos de conducir al legalismo, nos sumerge en la gracia. El alma que se encuentra con la verdad bíblica sobre su propia incapacidad y sobre la perfecta suficiencia de Cristo, descubre que la justificación no es para el que obra, sino "para aquel que no obra, sino que cree" en Aquel que justifica al impío. Someterse a la autoridad de la Escritura es, en su esencia más profunda, un encuentro con la gracia de Dios. Así, la autoridad de la Palabra se experimenta no como una carga, sino como el instrumento de nuestra liberación y transformación, una expresión palpable de la autoridad personal y relacional de Dios mismo.

En última instancia, la autoridad de la Escritura es una manifestación de la autoridad amorosa y redentora de Dios. No es el poder frío de un legislador distante, sino la voz cálida de un Padre que busca guiar, sanar y santificar a sus hijos a través de Su verdad revelada. Es, de hecho, la única forma de autoridad capaz de producir verdadera libertad. Cualquier otra fuente a la que el hombre pueda recurrir —sea la razón humana dejada a su propia suerte, la tradición eclesiástica aislada de su fuente, o la experiencia subjetiva sin ancla— conduce, tarde o temprano, a una forma de esclavitud.

La relación del creyente con la Palabra no es, por tanto, la de un súbdito temeroso ante un código de leyes inflexible. Es, más bien, la de un hijo que, día a día, aprende a escuchar, a confiar y a obedecer la voz de su Padre, sabiendo que en esa sumisión voluntaria se encuentra no la servidumbre, sino la verdadera libertad y el camino a la vida abundante.

Escuchar la Escritura es aprender a vivir bajo una autoridad que no oprime, sino que libera, porque procede del Dios que nos ama y nos conoce